

Primera edición: Cal y arena, 2013.

Portada: Maricarmen Miranda Diosdado

© 2013, Paula Parisot, Marçal Aquino, João Anzanello Carrascoza, João Paulo Cuenca, Rubens Figueiredo, Rubem Fonseca, Milton Hatoum, Michel Laub, Patricia Melo, Ana Miranda, Cíntia Moscovich, João Gilberto Noll, João Ubaldo Ribeiro, Luiz Ruffato, Deonísio da Silva, Veronica Stigger, Lygia Fagundes Telles, Cristovão Tezza, Dalton Trevisan, Elvira Vigna, Joca Reiners Terron, Adriana Lisboa.

© 2013, Nexos Sociedad Ciencia y Literatura, S. A. de C.V.
Mazatlán 119, Col. Condesa, Delegación Cuauhtémoc,
México, 06140, D.F.

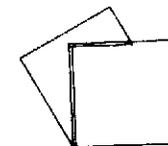
ISBN: 978-607-9357-01-6

Reservados todos los derechos. El contenido de este libro no podrá ser reproducido total ni parcialmente, ni almacenarse en sistemas de reproducción, ni transmitirse por medio alguno sin el permiso previo, por escrito, de los editores.

IMPRESO EN MÉXICO

*La invención
de la realidad*
*Antología
de cuentos brasileños*

Compiladora
PAULA PARISOT



cal y arena

Clases de refuerzo

CRISTOVÃO TEZZA

Cristovão Tezza (Santa Catarina, 1952), es autor de más de una decena de libros de ficción. Su novela *O filho eterno*, de 2007, se publicó en 13 países incluyendo México. Ha recibido los más importantes premios literarios brasileños, entre los cuales se cuentan el Jabuti y el Portugal-Telecom de Literatura en Lengua Portuguesa. Obtuvo el Premio Charles Briset, en Francia, y fue finalista del premio IMPAC-Dublin de ficción publicada en lengua inglesa. En 2012, publicó *O espírito da prosa —uma autobiografia literária*.

Estaba distraída mirando por la ventana de la cocina y casi se quema el pan, cuando sonó el teléfono —una, dos, tres veces. Corrió, tomó el teléfono y regresó a tiempo para salvar el pan.

—¿Habla la maestra Beatriz?

Tardó en contestar —el “maestra” le sonó repentinamente raro, como si no fuera ella.

—¿Sí?

—Se trata de mi hijo, Beatriz. Va a presentar los exámenes para la universidad. No es que escriba mal, es muy inteligente. Pero necesita un refuerzo. Un refuerzo en todo. Es muy disperso. ¡Me hablaron muy bien de ti! Me dijeron que haces milagros. ¿Es cierto? —la mujer se rió.

Beatriz arriesgó un diagnóstico previo: madre dominante, con un cierto humor invasivo, lo cual duplicaba el peligro. Pero le urgía dar clases extras.

—Intento hacer milagros. A veces no lo logro —agregó, arrepintiéndose en seguida. Pero la mujer no la escuchó:

—¿Tienes tiempo? ¿Podrías empezar hoy mismo?

Beatriz prefería que le preguntaran antes el precio de las clases. Hablar de dinero es siempre desagradable —las personas bajan la voz, miran a los lados, disimulan confundidas. Pareciera que todos somos traficantes en esta vida, personas sucias que esconden el dinero en la bolsa y sólo lo muestran vigilantes, sospechosas— y era como si Beatriz estuviera viendo que imaginaba. Sin embargo, algo le decía, por el tono de la voz, que esa mujer le pagaría bien, sin regatear. Son personas que lo quieren todo para ayer, y aceptan pagar por sus exigencias.

—Espéreme un minuto, señora.

Puso el teléfono en el fregadero, sacó el pan del sartén con cuidado, y lo puso sobre un platito. Parecía bueno, tostadito sin quemar. Retomó la llamada:

—¿Puede ser en la tarde? En la tarde estoy libre. ¿Está bien a las dos?

Sí, estaba bien.

—Tal vez sería bueno que platicáramos antes sobre mi hijo. Yo podría darte una orientación. Es un niño... ¿como decirlo?

No lo diga.

—Está bien, sólo que... ¿Cómo se llama usted? Ah, doña Sara, platicamos, claro. Pero ahora tengo prisa. ¿Me puede dar la dirección?

Se bajó del autobús cerca de la calle que cruzaba la avenida Batel —zona de gente rica, principalmente en aquel tramo de tres edificios hacia donde se dirigía, buscando el número, 227, es ahí, el edificio de en medio. Pensó que quizás debía

haber venido con ropa menos informal, el uniforme de jeans, tenis azules, blusa blanca, mascada en el cuello, el fólter con los textos en la mano, pero al subir la rampa de la portería se distrajo, tonterías, estoy muy bien, se mintió a sí misma, acordándose de la farmacia a donde tenía que pasar de regreso. Estaba deprimida. Frente al portero, se quedó muda, con una impaciencia no localizada en la cabeza. Parece que mi vida consiste en identificarme con los porteros —soy una vendedora de pizzas, y la idea de que había dicho eso, en lugar del “Beatriz” suspirante que de hecho expresó, acabó por distraerla de nuevo. El portero hablaba con voz baja en el interfón: tal vez le sería negada la entrada y regresaría a la calle sin llegar a conocer al muchacho disperso (¿hiperactivo? ¿con déficit de atención?) que necesitaba un refuerzo, pero el portero se agitó, levantándose como quien súbitamente descubre que está frente a alguien realmente importante, el médico de urgencias, el plomero que arreglará el diluvio en el baño, el técnico de la televisión cinco minutos antes del penúltimo capítulo de la telenovela.

—¡Por aquí, señora!

Solícito —su espalda ya curvándose, los pasos rápidos hasta el elevador, en dirección al cual se lanzó de tres zancadas para abrirle la puerta antes de que, al venir del garaje, se subiera; *es el séptimo piso*, una medida respetuosa ante la *señora*, Beatriz sonrió, *señora*, y deseó ardientemente un espejo para evaluar sus 28 años incompletos pero se topó con un perrito esponjado que ladró tres veces, un ladrido estridente, agudo, irritante, por cierto como su dueña, ésta sí una señora, que gentilmente se disculpó:

—Perdóneme, señorita. ¡Esta niña es muy peleonera! ¡Muy pe-leo-ne-ri-ta! —Restregaba el hocico en el hocico del animal—: ¡latosita! ¡Ladrándole a las visitas! ¡Qué feo!

¿Será esa la mujer? —se asustó Beatriz, pero no; en el quinto piso la señora pidió permiso y salió del elevador; la perrita ladró nuevamente, casi saltando de los brazos de la mujer para morder a Beatriz. La puerta se cerró y ella escuchó más regaños de la madre a la hijita, que desaparecieron en *fade out* hasta que en el séptimo cielo, el séptimo piso, se corrigió, estoy loca, se abrió y una mujer grande le extendió los brazos que también le parecieron enormes:

—¿Maestra Beatriz!? —Parecía una vieja tía, que miraba a su sobrina cinco años después; sólo le faltaba decir *cómo has crecido*, casi lo hizo—: ¡Que linda! —y los brazos se estiraban, las manos sobre los hombros de Beatriz, evaluando la pieza—. ¡No sabía que eras tan joven! —La jalaba de la mano—: Vente para acá, vamos a platicar.

Cruzó el breve *hall* lleno de piezas doradas, plantas y cuadros, y observó que sólo había un departamento en cada piso del edificio; en seguida, pasó por la puerta inmensa que daba a una sala igualmente inmensa con una profusión de tapetes, mesas, sillones, colores, lámparas, cortinas, todo muy limpio y sólido, ningún libro en las paredes, pero la mirada no se podía detener, la mujer era rápida —en un momento, vio un bulto que apareció en el marco de una puerta, y desapareció en seguida, como quien se esconde. Y ahora estaba sentada frente a la mujer, en una mesa de otra sala, más chica.

—Qué bueno que viniste —y los ojitos pequeños de la

mujer sonreían, el cabello rojo alrededor de una cara redonda como de galleta rellena, las mejillas protuberantes justo arriba de una doble quijada discreta encima de un cuello corto. Había, sin embargo, un resquicio de averiguación en la mirada, alguien que necesita convencerse de que está haciendo un buen negocio.

Tímida, Beatriz se sintió incómoda en ese breve momento, en busca de qué decir; la idea de que probablemente le pagarían bien (en la mesa desnuda había solamente una silenciosa chequera con una pluma cruzada, a un palmo de la mano derecha, gordita, de la señora Sara) compensaba la idea de que aquello iba a ser muy pesado.

—Eduardo (nosotros le decimos Dudu), Dudu es muy disperso. Un chico inteligente —bajó la voz—: Es hijo de mi primer matrimonio. ¿Eres soltera? Él...

¿Sería aquel bulto de la puerta? Por cierto, con todas las puertas abiertas de par en par, Duducito estaría escuchando la interminable ametralladora. La clásica madre sobreprotectora con sentimiento de culpa. Eso cansa. En un instante, Beatriz recordó el aborto que había sufrido, siete meses después de casada, y se levantó súbitamente, mirando el reloj, tratando de ser amable:

—Doña Sara, tengo otra clase a las cuatro. Tal vez debamos comenzar.

—¡Claro que sí! —asintió la señora Sara inmediatamente, levantándose también, decidida, como si hubiera sido suya la idea de empezar de una vez—. ¡Haz una evaluación y platicamos!

De regreso a la sala más grande, Beatriz finalmente se

vio frente a Dudu, en una mesa humillante de tan pesada y bonita, uno de cada lado, como en una conferencia de la ONU. Un muchacho guapo, delicado, inseguro y tímido, las manos enormes sobre la mesa, puntas visibles de un alma todavía incompleta; le costó poder mirarla, cuando lo hizo, se imaginó que veía allá al fondo de los ojos azules un grito de auxilio, pero era tan sólo una transferencia de sus propios sentimientos, cuando finalmente doña Sara desapareció, dejando todas las puertas abiertas; no parecía una casa, parecía un conjunto de salones y pasillos. Una clase particular es una consulta médica, fantaseó —es necesario tener privacidad. Prácticamente cuchicheaban:

—Eduardo, vamos a hacer algunos ejercicios, sólo para que me de cuenta de cómo estás, ¿te parece?

Percibió en sí misma el tono casi severo de la maestra, el breve peso de la autoridad que compensa la inseguridad ante una situación nueva; tal vez el niño se sentía traicionado, imaginó. De cualquier manera, se sintió a gusto: estaba en su papel, y era siempre un placer descubrir lo que las personas sienten cuando escriben, lo que escriben, el misterio de aquellas palabras sufridas en secuencia. Cada caso era siempre un caso especial, pensó negando el cliché con otro cliché. A trabajar, dijo, y le ofreció una hoja impresa que sacó del fólder: junte las dos oraciones en una única frase, realizando las modificaciones necesarias. Primero: *El hombre se fugó. El saco del hombre era verde*. Segundo: *Estaba lloviendo. Él salió sin paraguas*. (Usa "aunque").

Dudu era sordo. Mientras escribía un tanto penosamente —la letra era casi ilegible, Beatriz lo notó, observándolo de

cabeza, mientras las líneas salían del bolígrafo que él intentaba aplastar con los dedos—, alcanzó a ver una vez más la cabeza de doña Sara, allá al fondo, como una aparición que desapareció enseguida. Quizás quiera que hablemos más alto, para poder escucharnos. Revisó el resultado, que el muchacho le extendió lentamente, tal vez temiendo la respuesta: *El hombre que el saco era verde se fugó. Aunque lloviendo, él salió sin paraguas*. Ella sonrió, animada. No conoce el *cuyo* y no sabe usar el subjuntivo. En dos frases, un retrato completo para un estudio de caso. La segunda frase era técnicamente incorrecta, además de ser ambigua. Se quedó tranquila: tendría trabajo para algunos meses. Estaban en abril, los exámenes serían en diciembre. Le pasó otra hoja, con un texto informativo de tres párrafos sobre la deforestación en Amazonia.

—Lee este texto en voz alta. Voy a hacerte algunas preguntas, conversamos un poco y después escribes un resumen usando 50 palabras. ¿De acuerdo?

—¿No quieres un café? —la voz de la mujer reapareció allá a lo lejos, fuerte, como quien llama a alguien que está al otro lado de la calle.

—No, gracias, señora. Es mejor que nos concentremos en la clase.

Una ligera reprimenda en el tono de voz. El muchacho miraba el texto, sin leerlo, visiblemente pensando en otra cosa —y entonces extendió la mano y pidió permiso para revisar de nuevo las frases que había escrito.

—¿Podría usar el "cuyo" aquí? Por ejemplo, *el muchacho cuyo el saco era verde se fugó?*

Ella sonrió, animada:

—Sí, claro; sería lo correcto. Pero no “cuyo el”; sólo “cuyo saco”. Las expresiones *cuyo, cuya, cuyos, cuyas* ya incluyen el artículo.

—Pero nadie habla así. Todo mundo dice la persona *con el saco*.

Beatriz sintió que él quería marcar su territorio.

—¡Correcto! Pero se escribe de esta manera. Se trata de la llamada lengua patrón, norma culta.

—Me imaginé que la persona en esa frase estaba hablando y no escribiendo.

Miró los ojos de Dudu: había un toque de humor. Era sólo un chiste, no una provocación. Sonrió:

—Sí, tienes razón. El registro de la frase no era el adecuado. ¡Excelente que lo hayas notado! ¿Vamos a la lectura?

Él leía razonablemente bien, con una voz casi femenina. Se tropezó solamente con una secuencia de oraciones subordinadas, que tuvo que rehacer para que terminaran en pregunta; y no sabía qué significaba *diáfano y rotundamente*. Ella le explicó —y le sugirió que se comprara un diccionario.

—Un diccionario es fundamental para quien escribe.

—Tengo la versión electrónica en la computadora.

El resumen no estuvo bien —se acabó las 50 palabras tan sólo en el asunto del primer párrafo—, pero el texto estaba digamos que razonable: sólo un error de concordancia (*sucede incendios todos los meses*) y otro de ortografía (*encontrarán por encontraron*). En pocas palabras: se trataba de un caso típico. Ya tenía prácticamente un curso completo

perfecto para él; sólo vendería la mano de obra. Y cuando doña Sara se acercó, una hora después, invitándola a tomar un café, comenzó a pensar en el precio que cobraría. Súbitamente, el muchacho desapareció y ella quedó frente a otra mesa, en otra sala, y tuvo que decidir entre el té y el café. Había unos cinco tipos de galletas —una sirvienta uniformada apareció de la nada, depositó otra charola y se retiró en silencio al fondo de un pasillo de donde venía el sonido distante de una televisión. Beatriz comenzó a sentirse incómoda, la mano caliente de la mujer sobre su brazo ¿*Y qué tal mi hijo? ¿No es inteligente?*

Sí, sí, es excelente, es mucho mejor que usted, casi le dice, *Y ¿sabes lo que te iba a proponer? Creo que le caíste tan bien que* —y Beatriz se sirvió café, sólo café, y escogió una galleta que le parecía apetitosa, y lo era— *estaba pensando si; pero sírvete, por favor*. Ochenta reales —no, es mucho. Si mi precio normal es cuarenta, puedo pedir cincuenta, tal vez sesenta la hora, calculó, quien sabe dos, tres clases a la semana, eso representaría un buen desahogo mientras ella —¿mientras ella qué? el café estaba bueno, fuerte, y le puso un poco más de azúcar, esperando la oportunidad para ofrecer su precio, pero la señora Sara hablaba sin parar *sí, sí, yo digo incluso que podrías darte una vuelta con él, respirar un poco de otros aires, creo que mi presencia* —bajó la voz para confesar— *es un tanto, quiero decir, yo intimidado, ¿verdad? Él está en esa fase terrible*. Pero, ¿de qué habla esta mujer? —y tomó otra galleta, sintiendo la clásica punzada en el cuello que siempre aparecía cuando estaba tensa. Bueno, la clase puede ser en otro lugar, claro, acabó diciendo, sin ofrecer

su propia casa, aunque sería ideal, no necesitaría tomar el autobús.

Ir al cine, digo, otros temas para sus redacciones, todo eso sería muy bueno para él, escribir sobre la vida, parecía que los dedos calientes de la señora Sara pedían auxilio y perdón al mismo tiempo, apretándole suavemente el brazo, mientras su cabeza se le acercaba, eso sería muy bueno y ustedes estarían cómodos, ¿ves? Hasta en la mesa de un bar, si llegara a ser necesario —y se llevó la mano a la boca, un escándalo penoso—: ¡Hasta creo que es virgen! —y soltó una risita nerviosa. En realidad, no quiere saber cómo escribe su hijo, se sorprendió Beatriz, la galleta en la boca, como una moneda que se atora —Se pasa los días en la computadora y eso no está bien, es —bueno, él necesita ver gente, ni siquiera tiene novia, nada, y eso afecta los estudios, desde luego ¿Más café? Finalmente masticó la galleta, lentamente, pensando: ochenta reales y me largo por esa puerta y no vuelvo nunca más. Controló el deseo de levantarse súbitamente y salir de ahí. Vio que la mujer le extendía el platito —prueba ésta de zarzamora, este relleno es un manjar— y después que jalaba la chequera que no desapareció de la mesa en ningún momento, como una boya de seguridad:

—Pensé en cien reales por una hora completa, Beatriz. ¿Te parece bien? Una letra rápida y cifrada iba llenando el cheque, casi antes incluso de escuchar aquel “sí, pero” tímido que ella balbuceó tratando de articular una estrategia cualquiera que pusiera las cosas nítidamente en su lugar de una vez por todas, ¿qué es lo que esta bruja quiere de mí, a final de cuentas? —*Aquí está el teléfono de Dudu, puedes*

ponerte de acuerdo directamente con él. Y se volteó hacia el bulto de la sirvienta que reapareció en el pasillo, Fulana, va a llegar el baúl dentro de poco, y la mujer dijo, con voz seria y ronca, Sí, señora Sara, y Beatriz se vio casi abandonada en la sala, la señora Sara se disculpó, me compré un baúl lindo, tenía cosas que hacer, gracias, linda, eres maravillosa, un fantasma que cambia súbito de script. Se llevó otro susto al ver frente al elevador la figura alta de Eduardo, que le abría amablemente la puerta, y ella temió que bajara con ella para arreglar los detalles, pero no —sólo quería decirle, susurrando, Perdón, mi madre está loca. Háblame directamente a mí —y antes de que la puerta se cerrara, Beatriz vio el bulto de la madre reapareciendo allá al fondo, discreta, contemplando la despedida, como quien verifica que todo haya salido bien.

Dos pisos abajo, el perrito ladró de nuevo desde algún lugar distante en el espacio. Recordó que tenía que pasar por la farmacia, y abrió el bolso para confirmar que el cheque estuviera correcto.

(De *Beatriz*, Record, 2011, Río de Janeiro.)